



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEÓN.

EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Deseando continuar con la práctica de los Santos Ejercicios Espirituales que tanto bien producen en las almas, invitamos al Clero de nuestra amada Diócesis y muy principalmente á los Sres. á quienes por turno correspondan, para que asistan á los que bajo la dirección de los PP. de la Compañía de Jesús, tendrán lugar en nuestro Seminario Conciliar de San Froilán, divididos para mayor facilidad en dos tandas, como el año anterior: la 1.^a á la que Nos esperamos asistir, dará principio el día 6 de Julio próximo; y la 2.^a el día 20.

Los Sres. Arciprestes se servirán dar aviso á nuestra Secretaría de Cámara con la conveniente anticipación, del número que ha de asistir á cada una de las tandas, al objeto y en la forma prevenida en el número 23 del BOLETÍN, correspondiente al 8 de Junio de 1887.

León, 19 de Mayo de 1892.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

CARTA DE SU SANTIDAD
Á LOS CARDENALES FRANCESES

LEÓN PAPA XIII

A nuestros carísimos hijos los Cardenales Florián, Cardenal Desprez, Arzobispo de Tolosa; Carlos, Cardenal Lavigerie, Arzobispo de Argel y de Cartago; Carlos Felipe, Cardenal Place, Arzobispo de Rennes; José, Cardenal Foulón, Arzobispo de Lyon; Benito María, Cardenal Langenicux, Arzobispo de Reims; Francisco, Cardenal Richard, Arzobispo de París.

NUESTROS CARÍSIMOS HIJOS:

Grande ha sido nuestro consuelo al recibir la carta en que os adherís, de acuerdo unánime con todo el Episcopado francés, á Nuestra Encíclica *En medio de las solicitudes*, y Nos dais gracias por haberla publicado, protestando con los más generosos acentos de la *unión íntima que une á los Obispos de Francia, y en particular los Cardenales de la Santa Iglesia*, con la Sede de Pedro.

Esta Encíclica ha hecho ya mucho bien, y esperamos que lo hará más todavía en adelante, á pesar de los ataques de que ha sido objeto por parte de hombres apasionados; ataques que, por lo demás, han dado ocasión—nos complacemos en decirlo—á que surjan valerosos defensores.

Nós habíamos previsto los ataques. Donde quiera que la agitación de los partidos políticos conmueve profundamente los ánimos, como ahora sucede en Francia, es difícil que todos rindan inmediatamente á la verdad aquel tributo de plena justicia que de derecho le corresponde. Mas ¿por esto nos habíamos de callar? Qué, ¿Francia sufre, y Nós no habíamos de sentir en el fondo del alma los dolores de esta hija primogénita de la

Iglesia? ¿Francia, que ha adquirido el título de nación *cristianísima*, y que por nada lo renunciaría, se revuelve angustiosamente contra la violencia de los que quisieran descristianizarla, y ponerla por bajo de todos los pueblos, y Nós hubiéramos dejado de hacer un llamamiento á los católicos, á todos los franceses honrados, para conservar á su patria esta fe santa que constituye la grandeza de su historia? No lo quiera Dios.

Y cada día nos persuadimos más de que en la prosecución de este resultado la acción de los hombres de bien estaba paralizada por la división de sus fuerzas. De aquí lo que hemos dicho y repetimos á todos. «Nada de partidos entre vosotros; al contrario, unión completa para sostener de común acuerdo lo que importa más que toda ventaja terrena: la Religión, la causa de Jesucristo. En este punto, como en todo, *buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.*»

Esta idea madre que predomina en toda nuestra Encíclica, no se ha ocultado á los enemigos de la Religión católica. Hasta podríamos decir que ellos han sido más perspicaces en comprender su sentido y en medir su alcance práctico. Así, después de la referida Encíclica, verdadera mensajera de paz para todo hombre de buena voluntad, ya se considere el fondo, ya la forma, estos hombres de partido han acentuado su impío encarnizamiento. Varios hechos lamentables recientemente ocurridos que han afligido á los católicos, y hasta, según Nos consta, á hombres poco sospechosos de parcialidad en favor de la Iglesia, lo prueban. Se ha visto claramente á dónde se dirigen los organizadores de este *vasto complot*, como Nós le llamábamos en Nuestra Encíclica, formado *para aniquilar en Francia al Cristianismo.*

Estos tales hombres, aprovechando para sus fines los mejores pretextos, y sabiendo en caso de necesidad hacerlos surgir, han tomado pié de ciertos incidentes que en otras circunstancias hubieran creído inofensivos, para dar rienda suelta á sus recriminaciones, mostrando así su previa intención de sacrificar á sus pasiones antireligiosas el interés general de la nación, en lo que tiene más digno de respeto.

En vista de estas tendencias y de los males que de ellas proceden con gran perjuicio de la Iglesia de Francia, y que van agravándose de día en día, Nuestro silencio nos hubiera hecho culpables ante Dios y ante los hombres. Hubiera parecido que Nós mirábamos con indiferencia los sufrimientos de Nuestros hijos los católicos franceses; y se hubieran insinuado que Nós juzgábamos dignas de aprobación, ó por lo menos de tolerancia, las ruinas religiosas, morales y civiles acumuladas por la tiranía de las sectas anticristianas; se Nos hubiera echado en cara que dejábamos sin dirección ni apoyo á todos los franceses animosos que, en las presentes tribulaciones, tienen más necesidad que nunca de ser confortados. Nós debíamos, sobre todo, animar al Clero, á quien, contra la naturaleza de su vocación, se le quiere imponer silencio en el ejercicio mismo de su ministerio, aun cuando predique, según el Evangelio, la fidelidad á los deberes cristianos y sociales.

Por lo demás, ¿no es para nosotros siempre obligación ineludible hablar, suceda lo que quiera, cuando se trata de afirmar Nuestro derecho divino de enseñar, exhortar y advertir, delante de aquellos que, so pretexto de distinción entre la Religión y la política, pretenden circunscribir su universalidad?

Hé aquí lo que Nós ha determinado á elevar nuestra voz, por Nuestra propia iniciativa y con pleno conocimiento de causa, y no cesaremos de elevarla cada vez que lo juzguemos oportuno, con la esperanza de que la verdad acabará por abrirse camino hasta en los corazones que la resisten, tal vez con un resto de buena fé. Y como el mal que Nós señalamos, lejos de limitarse á los católicos, alcanza á todos los hombres de buen sentido y de rectitud, á ellos también se dirigía Nuestra Encíclica, para que todos se apresuren á detener á Francia en la pendiente que la conduce á los abismos. Ahora bien, estos esfuerzos serían radicalmente estériles si faltase á las fuerzas conservadoras la unidad y la concordia en la prosecución del objeto final, es decir, la conservación de la Religión, porque ahí debe encaminarse todo hombre honrado y todo amigo sincero de la sociedad. Nuestra Encíclica lo ha demostrado ampliamente.

Pero una vez precisado el objeto y admitida la necesidad de la unión para alcanzarle, ¿cuáles serán los medios de asegurarla?

Ya lo hemos explicado y tenemos que repetirlo, para que nadie se equivoque acerca de Nuestra doctrina; uno de los medios es aceptar sin reservas mentales, con la perfecta lealtad que conviene al cristiano, el poder civil, en la forma en que de hecho existe, como se aceptó en Francia el primer imperio, tras de una horrible y sangrienta anarquía, como los demás poderes, ya monárquicos, ya republicanos que se sucedieron hasta nuestros días.

Y la razón de que se acepten es que el bien común de la sociedad prevalece sobre todos los demás intereses, como principio creador, como elemento conservador de la sociedad humana, por lo cual todo verdadero ciudadano debe querer y procurar esto á toda costa. Pues de esa necesidad de asegurar el bien común deriva, como de su propia fuente y de su origen inmediato, la necesidad de un poder civil, que orientándose, conforme al fin supremo, dirija á él prudente y constantemente las voluntades de los súbditos, agrupados como en un haz en su mano. Pues si en una sociedad existe un poder constituido y funcionando, el interés común se encuentra ligado á ese poder, y por eso debe aceptarse tal como es. Por eso y en ese sentido hemos dicho á los católicos franceses: aceptad la República, esto es, el poder constituido que entre vosotros existe; respetadle; someteos á él como representante del poder venido de Dios.

Pero hay hombres pertenecientes á distintos partidos políticos, y aun sinceramente católicos, que no se han dado cuenta de nuestras palabras, tan sencillas por otra parte y tan claras, que parece no debían dar lugar á falsas interpretaciones.

Piénsese bien en esto. Si el poder político es siempre de Dios, de ahí no se deducirá que la designación divina afecte siempre é inmediatamente á los modos de transmisión de ese poder, ni las formas contingentes que reviste, ni las personas que lo representan, variedades de esos modos en las diferentes naciones, que muestran evidentemente el carácter humano de su origen.

Hay más. Las instituciones humanas mejor fundadas en derecho, y establecidas con miras las más saludables para dar á la sociedad más permanente asiento é imprimirle más poderoso desarrollo, no siempre conservan su vigor conforme á las cortas previsiones de la humana prudencia.

En política más que en nada sobrevienen inesperados cambios; derrúmbanse ó se desmembran colosales monarquías, como los antiguos reinos de Oriente y el Imperio romano; dinastías suplantán á dinastías, como los Capetos á los Carolingios en Francia; á las formas políticas adoptadas reemplazan otras formas, de lo que hay tantos ejemplos en nuestro siglo. En su origen, esos cambios están lejos de ser legítimos, y hasta es difícil que lo sean. Con todo, el criterio supremo del bien común y de la tranquilidad pública imponen la aceptación de esos nuevos Gobiernos establecidos de hecho, en vez de los Gobiernos anteriores que de hecho no existen. Así se encuentran suspendidas las reglas ordinarias de la transmisión de los poderes, y también puede suceder que con el tiempo se encuentren abolidas.

Sea lo que fuere de estas transformaciones extraordinarias en la vida de los pueblos cuyas leyes sólo á Dios es dado calcular, como al hombre le es dado utilizar sus consecuencias, la conciencia y el honor reclaman en cualquier situación una subordinación sincera á los Gobiernos constituidos; la exige ese derecho soberano, indiscutible é inalienable que se llama la razón del bien social. ¿Qué sería, en efecto, del honor y de la conciencia si le fuera permitido á cualquier ciudadano sacrificar á sus particulares miras y á sus inclinaciones de partido los beneficios de la tranquilidad pública?

Después de haber establecido sólidamente en nuestra Encíclica esta verdad, hemos formulado la distinción entre la legislación y el poder político, habiendo demostrado que la aceptación de lo primero no implicaba en manera alguna la aceptación de lo segundo en los puntos en que el legislador, olvidado de su misión, se manifieste en oposición con la ley de Dios y con la Iglesia. Y fíjense todos bien: desplegar su actividad y usar de su influencia para arrastrar á los Gobiernos á cambiar y encarrilar por la senda del bien las leyes necias ó iníquas, es

dar muestras de un amor á la patria, tan valiente como racional, sin demostrar la menor sombra de hostilidad á los poderes encargados de dirigir los asuntos públicos. ¿Quién pretenderá denunciar á los cristianos de los primeros siglos como enemigos del Imperio romano porque no se doblegaban ante sus prescripciones idolátricas, y porque se esforzaban en obtener su abolición?

En el terreno religioso, de este modo comprendido, pueden y deben hallarse de acuerdo los diversos partidos políticos conservadores. Pero los hombres, que todo lo subordinarían al previo triunfo de su respectivo partido, aun bajo el pretexto de que les pareciese más apto para la defensa de la Religión, preferirían desde luego la política que divide, á la Religión que une, aunque de hecho hubiera que atravesarse un período de funesto trastorno para las ideas. Y culpa de ellos fuera si nuestros enemigos, explotando y aprovechando sus divisiones, como hasta ahora lo han hecho, llegasen por fin á aniquilarlos á todos.

Se ha pretendido que, al enseñar estas doctrinas, observábamos con Francia diferente conducta de la que seguíamos con Italia, de suerte que nos contradecíamos. Y eso no es cierto. Nuestro fin, al decir á los católicos franceses que acepten el Gobierno constituido, no ha sido ni es otro que la salvación de los intereses religiosos que se nos han confiado. Y esos son, precisamente, los que nos imponen, en Italia, el deber de reclamar incesantemente la plena libertad que requiere nuestro sublime ministerio de Jefe de la Iglesia católica, encargado del gobierno de las almas; libertad que no existe allí donde el Vicario de Jesucristo no es verdadero soberano en su residencia, independiente de toda humana soberanía. ¿Qué deducir de esto sinó que la cuestión que Nos concierne en Italia es eminentemente religiosa, como unida que está al principio fundamental de la libertad de la Iglesia? Así es que en Nuestra conducta para con las diferentes naciones, no dejamos de hacer que todo contribuya al mismo fin: la Religión, y, por medio de ella, la salvación de la Sociedad, la felicidad de los pueblos.

Nós hemos querido, amados hijos, confiaros todas estas cosas para aliviar Nuestro corazón, y al mismo tiempo confortar los vuestros. Las tribulaciones de la Iglesia no pueden menos de ser muy amargas para el alma de los Obispos, y más todavía para la Nuestra, porque somos el Vicario del que dió, para formar su Santa Iglesia, toda su sangre. Esas amarguras, sin embargo, lejos de abatirnos, Nos estimulan para armarnos de nuevo valor y afrontar las dificultades de la hora presente. Resulta así mismo para Nosotros un aumento de celo en favor de esa Francia católica, tanto más digna de Nuestro paternal afecto, cuanto de Nós solicita con más filial confianza, aliento, protección y auxilio.

Esos sentimientos son también los vuestros, queridísimos hijos, y de ello nos dáis prueba, y de ello también nos convencemos, cuando unos en pos de otros, venís á Nós á darnos cuenta de vuestro ministerio y á hablar acerca de los sagrados intereses que Nos han sido confiados. Entre los motivos de confianza que Nos regocijan, esa unanimidad es, sin duda, uno de los más poderosos, y en el fondo de Nuestro corazón damos á Dios las gracias. Contamos con que proseguiréis en vuestro celo, secundando nuestra paternal solicitud por la querida nación francesa. Y os damos, queridísimos hijos, á vosotros, á vuestro Clero y fieles de vuestra diócesis, con toda la efusión de Nuestro corazón, la bendición apostólica.

Dado en Roma el 3 de Mayo del año 1892; de nuestro Pontificado el décimoquinto.

LEÓN, PAPA XIII »